

Torrijos: ejemplo y bandera antimperialista

María Méndez

En las postrimerías del pasado mes de julio, América Latina se vio sacudida con la noticia de la trágica muerte de ese raro caso de militar sudamericano que, por lo auténticamente patriota y nacionalista, fue el general Omar Torrijos de Panamá. Sea cual sea la causa del accidente aéreo que le costó la vida - hay quienes lo explican por el mal tiempo reinante en la zona sobrevolada y otros que lo atribuyen a un atentado de la CIA -, con Torrijos desaparece una de las figuras más significativas del Tercer Mundo.

En un continente en demasía plagado de militares dóciles a los dictados de Washington y de dogmáticos militantes de izquierda, la vida y obra del líder panameño encierra lecciones de auténtico nacionalismo, de realismo revolucionario y eficaz antimperialismo.

Omar Torrijos, uno de los 12 hijos de un matrimonio de maestros rurales, nació un 13 de febrero de 1929 en Santiago de Veraguas, pueblo que si bien era el más pobre de la provincia más pobre de Panamá, fue también la capital educacional de la misma, dado que de la Escuela Normal Juan Demóstenes Arosemena, que en ella funcionaba, egresarían las sucesivas generaciones de maestros. Es en esta institución, justamente, donde el futuro jefe de gobierno haría sus cursos secundarios.

Optando finalmente por la carrera de las armas, Torrijos ingresaría a la Guardia Nacional de Panamá en 1952. Cuerpo en cuyo servicio hubo de desplazarse por todos los rincones patrios, tomando contacto con los grandes problemas nacionales y reprimiendo toda manifestación de los mismos, tarea para la cual recibió especial preparación en las escuelas militares norteamericanas de la Zona del Canal. Resultó, sin embargo, que Torrijos era un hombre capaz de evolucionar y de revisar críticamente el adoctrinamiento anticomunista recibido. "Desde que salí de la Academia como teniente, a los 22 años, fui demasiado utilizado para comandar pelotones de fusileros que estaban prestos a silenciar estudiantes, obreros y campesinos" - explicaría Torrijos a Edward Kennedy, en carta del 7 de mayo de 1970 -. "No recuerdo hasta hoy un solo incidente, en los tiempos en que comandaba tropas especializadas en orden público, en que la razón no estuviera de parte del grupo hacia donde apuntaban nuestras bayonetas. Cuando era capitán, sofoqué un levantamiento guerrillero dirigido por jóvenes estudiantes y orientado por una causa justa. Fui herido. El más herido de mi grupo y también el más convencido de que esos jóvenes guerrilleros caídos no representaban el cadáver ni el en-

tierra de las causas de descontento que los había llevado a protestar mediante una insurrección armada. Pensé también, al leer su proclama, que de no haber tenido el uniforme, yo hubiera compartido sus trincheras. Aquí fue donde surgió mi determinación de que algún día podría orientar la suerte de nuestras fuerzas armadas: las matrimoniaría en segundas nupcias con los mejores intereses de la Patria".

Así, en 1968, cuando encabeza el movimiento que depone al presidente Arnulfo Arias y asume como Jefe del Gobierno Nacional, Torrijos no vacila en convertirse en el intérprete de las más caras aspiraciones de su pueblo. En cuerpo y alma se entregaría, entonces, a trabajar por la recuperación de la plena soberanía de su país sobre el enclave colonial que EE.UU. mantenía desde 1903 en la Zona del Canal. Tarea que, pese a las presiones, tentativas de soborno - Nixon le había ofrecido una suma fabulosa por torcer sus propósitos -, los intentos golpistas y las acciones desestabilizadoras en su contra, culminó exitosamente con la firma del Tratado Torrijos-Carter, que contempla la devolución de la Zona del Canal para el año 2000.

Paralelamente a lo anterior, Torrijos puso en marcha un programa de reforma de gran contenido social y adelantó una política antimperialista de hondas repercusiones. Efectivamente, a raíz de la llamada "Guerra del Banano", el gobierno entra en conflicto con las poderosas compañías fruteras norteamericanas que operaban en Centroamérica, expropia a la United Fruit Company, en 1974, e impulsa la creación de la Unión de Países Productores de Banano.

Su régimen, por otra parte, no sólo adhirió al principio del pluralismo ideológico, sino que demostró gran ponderación frente a Cuba, a cuyo aislamiento se opuso. Grandes coincidencias manifestó, igualmente, con el gobierno peruano del general Velasco Alvarado y las transformaciones estructurales por él adelantadas. Decisivo fue, también, el apoyo brindado por su régimen a las fuerzas que lucharon contra Somoza en Nicaragua. Empeñado en la búsqueda de una salida política para el sangriento genocidio de El Salvador, lo encontró el día de su muerte. En realidad, el mandatario panameño, a base de su permanente contacto y a las conversaciones personales con las más destacadas personalidades de América Latina, hizo de la unidad continental y del ideal integracionista una práctica cotidiana.

Pese a todo lo anterior, la opinión pública del continente fue lenta en captar la importancia del aporte de Torrijos a las luchas del Tercer Mundo. Adversado por la derecha latinoamericana, sufrió, también, por largo tiempo, los prejuicios de la izquierda. Ambos sectores le endosaban cómodamente, aunque con distintos fines, la etiqueta de dictador. Necesario es puntualizar al respecto, justamente, que pese a la forma como llegó al poder, el régimen de Torrijos no fue una dictadura en el clásico sentido de la palabra, sino un gobierno de facto que se fijó como meta el sentar las bases para introducir la democracia en una nación que, por encontrarse militarmente ocupada por una potencia extranjera, la había desconocido hasta entonces. En efecto, dado que el Tratado de 1903 que creó la Zona del Canal y la

propia constitución panameña otorgaban a Washington el derecho a restablecer la paz y el orden público, las elecciones panameñas se celebraban habitualmente bajo la presencia directa de las fuerzas armadas norteamericanas, que acostumbraban ocupar el ítem al menor asomo de descontento social. Intervenciones que no obstante terminar con el Tratado de 1936, continuarían bajo la forma de todo tipo de presiones que hacían imposible llegar hasta el sillón presidencial sin la bendición del Pentágono. Así, tras liquidar la situación colonial a la que los panameños se encontraban sometidos, Torrijos propulsó el proceso electoral en que Aristides Royo, actual Presidente de Panamá, resultare designado.

Torrijos, quien conjugó admirablemente la acción con la reflexión, pese a contar con una personalidad carismática que de suyo le aseguraba un gran arrastre popular, supo rodearse de un preparado equipo de colaboradores civiles y militares, al que se manifestó dispuesto a escuchar. Una ayuda decisiva obtuvo también de parte de su hermana Berta, maestra también, que supo cohesionar los sectores femeninos en torno al régimen. Y que, en cumplimiento de su labor frente al Instituto Panameño de Habilitación Especial, entraría en contacto con altos personeros extranjeros, sirviendo de portavoz de la lucha de su pueblo.

Omar Torrijos murió dramáticamente, como suelen morir quienes no saben vivir de rodillas. Pero los latinoamericanos somos hijos de la muerte trágica, tal como lo demuestran los recientes accidentes sufridos por progresistas figuras públicas de la política continental, como es el caso de Jaime Roldós, presidente de Ecuador, la desaparición de este brillante líder panameño, que tiene lugar en medio de toda una escalada estadounidense tendiente a desconocer los acuerdos contenidos en el Tratado de 1979, que coincide con el momento más crítico de la guerra civil salvadoreña, afecta sensiblemente la correlación de fuerzas del área centroamericana y viene a fortalecer a los sectores más reaccionarios del continente. Sectores a quienes, justamente, Torrijos pretendió inhibir al jugar un importante rol en relación al problema de los rehenes norteamericanos en Irán, con el fin de inclinar la balanza electoral norteamericana a favor de la reelección de Carter. Sin embargo, creemos firmemente que la figura de Omar Torrijos, cuya visión y universalidad recuerdan a esos hombre que como Bolívar gestaron la independencia latinoamericana en los albores del siglo pasado, anuncia al militar de nuevo cuño que la asfixiante realidad de nuestros países ha de volver a producir.